

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 · 30 DE MAYO DE 1999 · AÑO II Nº 81

GOETHE 2000

Como parte de las conmemoraciones por el 250º aniversario del nacimiento de Goethe, se reeditan sus Obras esenciales. *Por primera vez se publican en español los fragmentos que el propio Goethe censuró de su* Fausto, *la* Misa satánica. *Una buena ocasión para redescubrir a uno de los más interesantes y contradictorios escritores de la literatura mundial: la obra de Goethe ofrece hoy dimensiones apasionantemente nuevas.*

por Ulrich Merkel *



NOTICIAS DEL MUNDO

Harto de la lluvia de premios que, según él, caen sobre los escritores, el poeta chileno Gonzalo Rojas lanzó un ataque hacia lo que califica como "uno de los mayores riesgos para el escritor". El autor de *La miseria del hombre* y *Desocupado lector* afirmó que las condecoraciones que recibió durante su carrera como escritor no han cambiado en modo absoluto su opinión. Los premios, que son tantos que en muchos casos ni siquiera *Radarlibros* alcanza a anunciarlos, "son un espejismo y una farsa comercial", dijo Rojas en un taller de poesía en la Casa de América de Madrid.

Guerra de precios entre las librerías virtuales. Las tres empresas **www.amazon.com**, **www.barnsandnoble.com** (que colabora con el diario *New York Times*) y **www.borders.com**, han lanzado rebajas importantes que llegan a la mitad de precio en el caso de los libros que figuran en las listas de best-sellers. Todo comenzó cuando, el lunes pasado, Amazon anunció sus rebajas, seguida por medidas casi idénticas por sus dos rivales principales. La carrera es producto, entre otras cosas, de los servicios de comparación de precios que hay en Internet (por ejemplo Add All), que ayudan al comprador a encontrar instantáneamente el sitio web que vende el libro solicitado al mejor precio. Con disgusto, el vocero de Borders, Rich Fahle, declaró: "Debo decirles que éste no es el campo de batalla en el que creemos poder triunfar a la larga". En tanto Bill Curry, de Amazon, aseguraba que todo es casualidad ya que no estudian la estrategia comercial de sus competidores ni especulan sobre los márgenes de ganancia. Y les creemos todos.

El crítico y periodista español Miguel Dalmau ha terminado un libro que según él debió haber visto la luz hace mucho. Se trata de la biografía *Los Goytisolo*, un volumen sobre los tres hermanos escritores de ese apellido: José Agustín (poeta, 1928-99), Juan (narrador y ensayista, 1931) y Luis (poeta y novelista, 1935). El libro sigue la vida de los hermanos hasta 1975, año de la muerte de Franco. La postura de los Goytisolo ante el libro no fue idéntica. José Agustín colaboró con gusto, Luis fue la fuente de información más veraz del libro. Juan, por su parte, se mostró poco entusiasmado, porque opina que la biografía se debería escribir luego de la muerte de los tres. Dalmau, nacido en Barcelona al igual que los tres hermanos, declaró ante la publicación que "los Goytisolo son figuras inseparables de nuestra educación sentimental".

"Me ha llevado 24 años llegar a la conclusión de que quizá sí soy poeta". Estas palabras fueron pronunciadas nada menos que por José Saramago (foto), el portugués que recibió el Premio Nobel de 1998, cuando el día 18 del corriente presentó en Granada el libro *Piedra de luna*. La idea de traducir poemas suyos al castellano y recopilarlos en un volumen junto con artículos periodísticos, todos escritos a fines de los años sesenta, surgió en 1986. La antología, publicada por la editorial granadina Comares en la colección Guante Blanco, reúne, además de notas de prensa, 59 poemas y un madrigal.

En el número anterior, al mencionar que la Modern Library encabezaba su lista de los mejores libros de no ficción de todos los tiempos con *The Education of Henry Adams*, se dijo que tal título no había sido traducido al castellano. Error: como bien señala el profesor Javier Fernández de la Universidad de La Plata, no sólo hay traducción (realizada en México hace seis años), sino además un Breviario del Fondo de Cultura Económica sobre la vida y obra de Adams, de quien dijo Pedro Henríquez Ureña en 1927: "Si se me obligara a decidir el libro más importante que se escribió en Estados Unidos, diría sin vacilar *La educación de Henry Adams*".

¿A quién no le ocurrió alguna vez que le vuelven a la memoria los "grandes" textos de la literatura nacional, aquellos que estudió en el colegio secundario, para notar que después no volvió a leerlos nunca más? Los textos de los "poetas nacionales" ya no parecen plantear ningún interrogante sino sólo respuestas que sirven como citas apropiadas para los discursos en las efemérides. Pero la literatura que está viva siempre guarda algo de subversivo, de contradictorio, de ambiguo, pues rehúye a todo intento de ser capturada y, precisamente por ello, despierta la curiosidad del lector, moviéndolo a leer y a pensar.

LA PERSPECTIVA ARGENTINA SOBRE LO POCO QUE DE GOETHE SE CONOCE SIGUE LLEVANDO LA IMPRONTA DE LAS TRADICIONES DE RECEPCIÓN ESPAÑOLA Y FRANCESA.

¿CUÁNTOS GOETHE? Intentos de definir a Goethe a partir de algún tipo de convicción o ideología ha habido muchos y siguen teniendo vigencia hasta el día de hoy. De hecho, existen por lo menos tres Goethes: el romántico de la recepción española y francesa (y con ello, de la argentina); el Goethe clásico de la recepción burguesa alemana, esto es, el príncipe de los poetas de Weimar, y también el Goethe real, ambivalente, excitante y actual, ése del cual lamentablemente poco o nada se ve en las clases de literatura. Como no podía ser de otra manera, el primero que se refirió a ese Goethe contradictorio, ambiguo y, precisamente por eso, universal y vivo, fue el pensador más subversivo del siglo XIX: Friedrich Nietzsche.

La estrechez de miras de la recepción germano-nacional comienza en los tiempos en los que Goethe aún vivía, entre 1802 y 1803, cuando en la Universidad de Jena el filósofo Schelling afirmó refiriéndose a *Fausto*: "A otros los compartimos con otras naciones, pero a éste lo tenemos para nosotros solos, ya que su estampa ha sido cortada del núcleo del carácter alemán y de su fisionomía esencial". Esa perspectiva nacional caracteriza la recepción de la obra de Goethe en Alemania a lo largo de todo el siglo XIX, lectura que persiste en los tiempos del emperador Guillermo II, en el nacionalsocialismo y llega casi hasta nuestros días en la ideología socialista de la RDA.

En 1962, Walter Ulbricht –entonces presidente de la RDA– canonizó a *Fausto* como "el más elevado ejemplo del hombre utópico tal como lo concibe el socialismo". En ese discurso, titulado "A la nación alemana", interpretaba las últimas palabras de Fausto (en la segunda parte del drama), aquellas donde se habla de tierra libre y pueblo libre, como una visión histórico-filosófica de la RDA según su propia definición como Estado obrero y campesino. Pero dicha interpretación estaba pasando por alto un pequeño detalle: en la citada escena del *Fausto II* el protagonista está ciego; está convencido de que sus trabajadores construyen para el futuro cuando, en realidad, están cavando su propia tumba. La magnífica ironía del autor anticipa la ironía de la historia: en sólo 27 años, el Estado de la RDA cavó su propia fosa.

POLÍTICA CULTURAL La recepción burguesa de Goethe siempre se vanaglorió de lo que se ha dado en llamar el clasicismo de Weimar: el proyecto literario, pedagógico y de política cultural que fue desarrollado por Goethe en forma conjunta con Friedrich Schiller entre 1794 y 1805. Sus intenciones eran establecer un canon de reglas estéticas y poéticas y crear obras literarias ejemplares para educar estética y moralmente a la nación alemana (lo que en ese momento constituía, dicho sea de paso, una perspectiva un tanto atrasada). En realidad, el clasicismo alemán buscaba evitar, pasar por alto y contraponerse a los procesos políticos que se desarrollaron en Europa durante y después de la Revolución Francesa. El clasicismo alemán es el más tardío de los períodos clásicos europeos: ya casi desde un principio, su relación con la antigüedad griega y romana está bajo el signo del polvo de anticuario. La literatura alemana llegaba a ese período clasicista cuando su pensamiento ya se había vuelto prosaico y completamente burocrático-político. Y, sobre todo, cuando ya estaban surgiendo las nuevas formas de producción manufacturera e industrial.

Goethe mismo decreta la muerte de ese proyecto en el tercer acto de *Fausto II* con la caída simbólica de Euforión, hijo de Fausto y de Helena, fruto de la unión ideal entre el espíritu alemán y la belleza griega. Esta es la mirada de Goethe, viejo y desilusionado, sobre el proyecto que organizó la mitad de su vida y que alimentó sus grandes creaciones poéticas, pero que falló porque no resultó una iniciativa efectiva en el campo de la política cultural. Sin embargo, el "proyecto del clasicismo de Weimar" sobrevivió en las ansias de la burguesía alema-

na a modo de reparación simbólica por el frustrante fracaso de la revolución de 1848: el proyecto clasicista se tornó en una suerte de Arcadia, de reino de lo bueno, lo verdadero y lo bello, alejado de la política y de la realidad (lo que sin embargo no fue obstáculo para que, en este siglo, sus adherentes fueran activos nazis o socialistas).

MORIR DE AMOR ¿Y el Goethe romántico? La perspectiva argentina sobre lo poco que de Goethe se conoce sigue llevando la impronta de las tradiciones de recepción española y francesa. A principios del siglo XIX, España se estaba liberando lentamente de su anquilosamiento católico-dogmático y por ende fue en clave romántica como se leyó *Werther* primero, luego *Fausto I* y unas pocas obras más. Cuando Estanislao del Campo escribió su *Fausto* criollo, pieza clave en el desarrollo del género gauchesco, en todo caso había leído la cuestionable traducción del romántico francés Gérard de Nerval; de hecho, su punto de partida fue el libreto de la ópera de Charles Gounod. Al recordar sus años escolares en su libro *Antes del fin*, Ernesto Sabato se refiere a la "sensibilidad romántica" de *Werther*, pero parece haber percibido bastante poco de su consumada estructura narrativa y su lenguaje irónico. El punto culminante del malentendido (o del punto de vista argentino) aparece en Jorge Luis Borges, quien en su ensayo "Sobre los clásicos" (1952) caracteriza al *Fausto* como "una de las más famosas formas del tedio".

Esa recepción signada por los malentendidos y por las ausencias no sólo se debe al hábito de dirigir la mirada cultural hacia Francia y España, sino sobre todo al hecho de que, en el ámbito hispanoamericano, los textos de Goethe fueron casi siempre mal traducidos (con frecuencia, adaptados del francés) y mal editados. Ese fue el motivo por el cual el Goethe Institut propuso a Editorial Sudamericana publicar una reedición accesible con las mejores traducciones de los textos potencialmente interesantes en cuatro tomos: *Fausto I y II*, *Las penas del joven Werther* (ya aparecidos), *Las afinidades electivas* y una edición bilingüe de poesías y fragmentos de *Poesía y Verdad* (en preparación).

El *Werther*, esta "sentimental story", es uno de los libros más vendidos de Goethe. Narrada bajo la forma de la novela epistolar del siglo XVIII, es también una historia moderna: el relato de un paulatino y creciente proceso de pérdida de conexión con la realidad que conduce inevitablemente al suicidio. Por supuesto, la condición necesaria para tal monomanía consiste en la consecuente ruptura de los lazos sociales: en el momento decisivo, Werther "renuncia" a su trabajo. No por nada, en un momento difícil de su vida, Goethe optó por la labor disciplinada en un empleo público. En la lectura de esta novela de gran complejidad, con sus múltiples niveles narrativos, hay mucho más que las delicias de la trivialidad de nuestras telenovelas. ¿Tal vez disfrutamos de los sentimientos bellos y "simples" que pinta como forma de evasión ante la insoportable complejidad de nuestras vidas?

¡QUÉ MODERNO! ¿Y *Las afinidades electivas*? También ellas constituyen un campo de experimentación, con multiplicidad de planos y de significaciones donde, de una manera muy moderna, todo intento de comunicación (hablada o por medio de la lectura) desemboca en un malentendido y/o en una catástrofe. *Las afinidades electivas* es una novela que se inscribe en la línea de las grandes novelas de la literatura universal (el *Quijote* de Cervantes y el *Simplicissimus* de Grimmelshausen) y en la cual, en lugar de la fe y de las convicciones (los lugares comunes de la época), la ironía se convierte en el principio constructivo de la narración. Una novela que lleva la ambigüedad hasta la última frase ("...cuando algún día vuelvan a despertar juntos"), interpretada por generaciones de profesores burgueses de literatura como una afirmación de la resurrección, cuando en realidad, la partícula "wenn" que la encabeza tanto puede significar "cuando" o "si". No hay certezas, dice Goethe.

El criterio más importante para la selección de los textos de esta reedición de las *Obras esenciales* de Goethe privilegia al Goethe experimental, irónico y de múltiples lecturas posibles. La profunda ironía de Goethe es la de un hombre de mundo y de un antropólogo escéptico, a quien la vida le ha enseñado que se puede esperar cualquier cosa de la naturaleza humana: sea como fuere, se la debe considerar como un fenómeno bastante mutable; ya no se puede defender el optimismo de la temprana Ilustración, que sostenía que la naturaleza del hombre era básicamente buena. Los grandes escritores de los siglos XVIII y XIX fueron grandes psicólogos, aunque de manera diferente a los autores actuales.

LA PROFUNDA IRONÍA DE GOETHE ES LA DE UN HOMBRE DE MUNDO Y DE UN ANTROPÓLOGO ESCÉPTICO, A QUIEN LA VIDA LE HA ENSEÑADO QUE SE PUEDE ESPERAR CUALQUIER COSA DE LA NATURALEZA HUMANA.

Por aquel entonces no existía una disciplina científica llamada psicología y eran los escritores los que debían explorar el alma humana. Fue porque Goethe conoció el entusiasmo y el escepticismo, la actitud abierta y amable hacia los demás pero también la distancia, la empatía y la reserva que, como psicólogo, pudo percibir en el ser humano toda su complejidad.

YA NO SOS MI MARGARITA ¿Y *Fausto*, tantas veces malinterpretado o, en lo que a la segunda parte se refiere, por completo desconocido? *Fausto* es infinitamente más que la historia de la cándida muchacha rubia y el profesor alemán que la seduce y la abandona con un niño, para luego –Dios es justo– casi caer en manos del diablo y ser finalmente "salvado". *Fausto* también es Mefisto; Margarita no es solamente la víctima inocente, sino también una bruja ávida de oro y de sexo. Quien gana la apuesta entre Dios y el Diablo en el "Prólogo en el Cielo" no es Dios, como ha querido verlo durante dos siglos la recepción burguesa, sino muy concretamente Mefisto y además, en este mundo. "Poco puede inquietarme el más allá", dice Fausto en la primera parte, en la escena de la apuesta con Mefisto: "convierte primero en ruinas este mundo, y venga después el otro en buena hora."

Es en el *Fausto*, la gran obra en la que Goethe trabajó durante 60 años y hasta pocos días antes de su muerte, donde se revela su profundo escepticismo, vinculado, entre otros factores, con los inicios del proceso de industrialización y de la moderna economía del dinero, que Goethe percibió con lucidez en los primeros treinta años del siglo XIX y sobre cuyos peligros desarrolló una crítica visionaria.

Las dos partes de la obra son campos de experimentación para Fausto, el ser humano al que Mefisto invita a un *global passage* sobre su capa mágica, oportunidad en la que quedará en claro que el dinero (el papel moneda) es la fuerza que sostiene al mundo, en lo más profundo. En suma, crítica y análisis magníficos del supuesto progreso, que trae cambios, crea nuevas cosas y luego vuelve a destruir; un progreso que siempre vive de promesas de futuro, adicto a los pronósticos. Entre los poemas más famosos de Goethe se encuentra "El aprendiz de mago". La balada sobre aquel que no puede librarse de los espíritus que él mismo ha convocado tiene una espantosa actualidad en vista de las catastróficas inundaciones que se produjeron en 1998 en Centroamérica y cuyas causas nosotros, ciegos como Fausto al final, reprimimos y preferimos no ver.

Fausto también cobra nuevas dimensiones si se tienen en cuenta los esbozos y borradores así como los fragmentos de escenas de la Noche de Walpurgis que Goethe, en un acto de autocensura, no incluyó en la versión del *Fausto I* de 1808 y que, por su supuesto carácter obsceno, permanecieron ocultos casi 200 años como paralipómena en algunas ediciones en alemán. La escena originalmente planeada por Goethe fue reconstruida con forma teatral por el germanista Albrecht Schöne en 1982.

Durante un tiempo Goethe jugó con la idea de incluir una misa satánica en la primera parte del *Fausto*, donde se mostraría de manera drástica que el "dinero" y el "sexo de la mujer" (es decir, el afán de posesión y la sexualidad) dominan el mundo y son las fuerzas que lo sostienen –una postura para nada alejada de su contemporáneo, el Marqués de Sade (1740-1814).

En la concepción original del drama fáustico, Satán aparece remedando a Dios; la epifanía satánica de la Noche de Walpurgis constituye la contrapartida del Prólogo en el Cielo. Por otra parte, el papel de Margarita, que hacia el final de la obra aparece como portadora de la salvación cristiana en un rol que la vincula con la madre de Dios, halla su contrapartida en Margarita como bruja, torturada y asesinada por la Inquisición (la "hermandad gris y negra"). "El eterno-femenino nos atrae" (*Fausto II*, final) hacia la salvación, pero también –*horribile dictu*– a la orgía sexual y a la misa satánica: "Pues, para ir a visitar/ Al Maligno en su morada/ La hembra siempre nos lleva/ De ventaja mil zancadas". Puesto entre Dios y el antidiós, entregado a la merced de los contradictorios principios del Bien y del Mal, Fausto vaga por el mundo "como la doble naturaleza de dos partes íntimamente unidas".

Traducción: Claudia Baricco

* *Ulrich Merkel, director del Goethe-Institut Buenos Aires, tuvo a su cargo la edición de las* Obras esenciales *de Goethe publicadas por Editorial Sudamericana.*



Marcela Solá, autora de El silencio de Kind*, confiesa sus más bajos sentimientos*

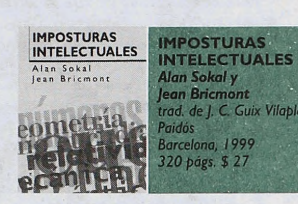
En un principio la lista de libros que envidia pareciera ser interminable. Por eso, Marcela Solá pide un día para meditarlo. "Estuve pensando pero no puedo resolverme por un solo libro. Son dos", dice la autora de *Los condenados visten de blanco*. "Uno es *El hombre sin cualidades* de Robert Musil y el otro *Pálido fuego* de Vladimir Nabokov". ¿Es realmente la envidia una pasión que le corroe el alma? "No soy muy envidiosa, pero hay veces que leo ciertas frases y me desespero. El otro día leí uno de los cuentos de Nabokov y pensaba: por qué no podré escribir así. No es envidia, sino una especie de desazón".

Las razones que Solá encuentra para haber elegido esos libros son contradictorias: "*El hombre sin cualidades*, porque me parece maravilloso, es una cartografía del mundo. Es impresionante la profundidad y la calidad del pensamiento, que abarca la totalidad del espectro social y psicológico. Y me gusta porque tiene todo lo que no tiene Nabokov, que es más bien el placer de los sentidos, el puro placer de la belleza, de la inteligencia, del equilibrio fantástico, de la estructura, de la elegancia", se deleita la autora de *Manual de Situaciones Imposibles*. Y su envidia es sólida, maciza, meditada. "Al de Musil lo leí hace unos cuarenta años y se lo recomendé a medio mundo. Es un libro que no es perfecto –por cierto, es de lo más imperfecto– pero es maravilloso. Musil es un posmoderno que se da cuenta de la relatividad de todo. A partir de ahí lo he vuelto a leer pero no entero, sino por partes, porque tiene capítulos especiales donde va desarrollando la vida de Ulrich, el protagonista, y lo va haciendo pasar por diversas etapas de la vida: empieza como abogado y después se lanza a la ciencia, y después decide que no va a hacer nada. Así va abandonando todo. Porque lo que piensa Musil es que el mundo es poco serio", se ríe. "Al libro de Nabokov lo leí hace unos veinte años. Me maravilló su estructura extraordinaria: ese poema sobre el cual se va escribiendo la novela, cuya prosa es de una belleza insuperable, y esa atmósfera sutil que sólo él es capaz de crear. Es como si escribiera con nubes.". Y aunque confiesa que los tiene siempre a mano, ni siquiera se preocupa por ellos a la hora de sentarse a escribir. "Si cuando escribo me pusiera a pensar en Nabokov o en Musil, apagaría la computadora y me iría a jugar al tenis".

Pablo Mendívil

Cuerpo a cuerpo

¿Podemos, en nombre del horror que nos provocan los profesores que gritan, ignorar el affaire Sokal? El llamado de atención hecho por "La Ciencia" a "Las Humanidades" (estudios culturales, literaturas comparadas) debe leerse como un hito más en el debate modernidad/posmodernidad, que ocupó el centro de la década del ochenta. Podemos deleitarnos con el espectáculo, para nosotros conocido, de la lucha presupuestaria en las universidades o tratar de situar el affaire Sokal y sus consecuencias políticas en el contexto de nuestras propias preocupaciones.



IMPOSTURAS INTELECTUALES
Alan Sokal y Jean Bricmont
trad. de J. C. Guix Vilaplana
Paidós
Barcelona, 1999
320 págs. $ 27

En 1996 Alan Sokal, físico e investigador en la New York University, decidió publicar en la más importante de las revistas académicas americanas consagradas a la teoría y el análisis cultural, *Social Text*, un artículo con el título "Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica". En ese artículo Sokal defiende la pertinencia de los estudios culturales en la medida en que demuestran el estatuto histórico y provisional de las verdades científicas. Los últimos desarrollos teóricos de la física (tales como la mecánica cuántica y la teoría de las supercuerdas o superarcos) vendrían a confirmar la "epistemología posmoderna" sobre todo en lo que se refiere al estatuto puramente discursivo de la realidad. La ciencia, según ese artículo de Sokal, tiene mucho que aprender de la teoría social, precisamente en lo que se refiere al estatuto ficcional de la verdad: la realidad física, al igual que la realidad social, no serían más que 'una construcción lingüística y social') (tanto el $\perp\!\!\!\perp$ de Euclides como la constante G de Newton habrían sucumbido a la relatividad histórica). Todo muy erudito y muy sólido, aun para cualquier lego en ciencias (el caso de quienes escriben y de quienes leen *Social Text*). Todo también bastante aburrido: el texto parece una presentación de lugares comunes del relativismo epistemológico.

Al mismo tiempo, Sokal publicó otro artículo en *Lingua Franca*, cuyo título es todavía más aterrador que el anterior: "Un físico experimenta con los estudios culturales", en el cual denuncia que *Social Text* no pudo leer que su contribución era una parodia, una presentación de lugares comunes y de errores. "La aceptación de mi artículo por parte de *Social Text* ejemplifica la arrogancia intelectual de la Teoría –es decir, la teoría literaria posmoderna– llevada a su lógico extremo. Si todo es discurso y 'texto', entonces el conocimiento del mundo real es superfluo; incluso la física se convierte tan sólo en otra rama de las Ciencias Culturales. Los resultados de mi pequeño experimento demuestran al menos que algunos de los sectores de la izquierda académica estadounidense en boga se han vuelto intelectualmente perezosos".

Lo que Sokal pretendía era demostrar (poniendo en ridículo a los editores de *Social Text*) la endeblez teórica, la fragilidad argumental y la banalidad constitutiva de los estudios culturales, particularmente aquellos que encuentran su fundamento en el posestructuralismo francés. "¿Por qué lo hice? Aunque mi método sea satírico, mi motivación es absolutamente seria. Lo que realmente me interesa es la proliferación, no sólo de tonterías o pensamientos descuidados per se, sino de una clase de tontería o pensamiento particularmente descuidado: uno que niegue las realidades objetivas, o que (cuando se lo desafía) admita su existencia práctica aunque menospreciando su importancia práctica. Una publicación como *Social Text*, en el mejor de los casos, plantea ciertas preguntas que ningún científico debería ignorar –preguntas tales como de qué manera la financiación corporativa y gubernamental influye sobre el trabajo científico. Lamentablemente, el relativismo epistémico hace poco y nada para desarrollar esos temas. Teorizar acerca de 'la construcción social de la realidad' no nos ayudará a encontrar un tratamiento efectivo para el sida o a crear estrategias para prevenir el recalentamiento de la Tierra". Por la dinámica misma del "mercado de las ideas" (que en Estados Unidos es bastante poderoso, porque poderosas son sus universidades y cuantiosos son los presupuestos que los investigadores se disputan), la polémica entre Sokal y *Social Text* llegó a la opinión pública: los periódicos de Estados Unidos (también los de Italia, Inglaterra, Argentina y Francia) recogieron los argumentos de Sokal y de aquellos a quienes principalmente atacaba: Lacan, Kristeva, Baudrillard, Bruno Latour, lo más granado del pensamiento posestructuralista francés, cuyos desvaríos conceptuales (y, sobre todo, cuyos malos usos de categorías de la física) serían, en la perspectiva de Sokal, los responsables de la decadencia intelectual americana.

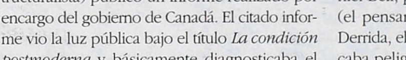
Kristeva (francesa por adopción) levantó las banderas de la *francofobia*, cosa que a los franceses les encantó (*Le Monde*). Latour acusó a Sokal de pretender continuar la guerra fría, ahora que el comunismo es historia, en otro campo, etc.

El segundo round tiene forma de libro. Alan Sokal, junto con Jean Bricmont, profesor de física teórica en la Universidad de Lovaina, publicó *Imposturas intelectuales*, libro en el que, capítulo por capítulo, analizan los errores y abusos en el uso de categorías científicas por parte de Jacques Lacan, Julia Kristeva, Luce Irigaray, Bruno Latour, Jean Baudrillard, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Paul Virilio.

Lo que se discute (hoy como ayer) es la relación entre teoría y praxis, entre conocimiento e interés, entre imaginación y experiencia, que es lo que importa (hoy como ayer) en relación con el futuro de la política de izquierda.♣



LAS BUENAS INTENCIONES



por Daniel Link

El libro de Sokal y Bricmont es siniestro por varias razones. En primer término porque exige (y sorprende, tratándose de "científicos", una actitud semejante) una confianza ciega en las *buenas intenciones* de los autores. Sokal y Bricmont han insistido en el carácter "higiénico" de la operación emprendida. Pero ya sabemos que el camino del infierno está empedrado de "buenas intenciones". Atendamos mejor a los efectos de *Imposturas intelectuales* y al contexto en el cual exige ser leído.

En segundo lugar, *Imposturas intelectuales* es el último coletazo del debate modernidad-posmodernidad que ocupó el centro de la década del ochenta y que creíamos ya agotado. Es saludable que cualquier debate resucite, pero esta intervención no representa más que una tormenta en un vaso de agua. En 1979, Lyotard (indiscutido exponente del pensamiento posestructuralista) publicó un informe realizado por encargo del gobierno de Canadá. El citado informe vio la luz pública bajo el título *La condición postmoderna* y básicamente diagnosticaba el presente como un vacío de todo "relato de legitimación". La existencia, según Lyotard, se ha vuelto una marea imposible de ser explicada según los grandes "relatos de legitimación" que habían funcionado en tiempos premodernos (la religión) o modernos (la Nación, la ciencia –el marxismo y el psicoanálisis incluidos–).

Contemporáneamente, Michel Foucault (ver la edición Nº 79 de **Radarlibros**) proclamaba la "muerte del hombre" y repetía, por si acaso, la "muerte de Dios" que había gritado Nietzsche a los cuatro vientos). La posmodernidad, en todo caso, designa un período en el cual los grandes ideales de la Modernidad ya no encuentran forma de coagular socialmente. En 1980 Jürgen Habermas respondió el informe-panfleto de Lyotard (ciertamente una bomba de tiempo en el universo de la teoría y la práctica política) con el texto "La modernidad: un proyecto incompleto". Allí Habermas argumentaba que mal podía ser la modernidad una "época" ya superada cuando sus proyectos no habían sido realizados. Por ejemplo, la revolución (de la cual los entonces agonizantes socialismos reales no eran sino una parodia). Y fijaba los lugares a partir de los cuales el debate se estructuraba: una tradición norteamericana (representada por el neoconservadurismo de Daniel Bell, por ejemplo), una tradición francesa (el pensamiento posestructuralista: Foucault, Derrida, el propio Lyotard, que Habermas acercaba peligrosamente –luego corrigió esta percepción equivocada– a los neoconservadores americanos) y una tradición alemana (la escuela de Frankfurt, el mismo Habermas).

¿En qué lugar hay que poner hoy a Sokal y Bricmont: cerca de la solución socialdemócrata de Habermas o de la respuesta ultraderechista de Bell (Biblia de los estudiantes de Derecho y

Cuerpo a cuerpo

¿Podemos, en nombre del horror que nos provocan los profesores que gritan, ignorar el affaire Sokal? El llamado de atención hecho por "La Ciencia" a "Las Humanidades" (estudios culturales, literaturas comparadas) debe leerse como un hito más en el debate modernidad/posmodernidad, que ocupó el centro de la década del ochenta. Podemos deleitarnos con el espectáculo, para nosotros conocido, de la lucha presupuestaria en las universidades o tratar de situar el affaire Sokal y sus consecuencias políticas en el contexto de nuestras propias preocupaciones.



IMPOSTURAS INTELECTUALES
Alan Sokal y Jean Bricmont
trad. de J. C. Guix Vilaplana
Paidós
Barcelona, 1999
320 págs. $ 27

En 1996 Alan Sokal, físico e investigador en la New York University, decidió publicar en la más importante de las revistas académicas americanas consagradas a la teoría y el análisis cultural, *Social Text*, un artículo con el título "Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica". En ese artículo Sokal defiende la pertinencia de los estudios culturales en la medida en que demuestran el estatuto histórico y provisional de las verdades científicas. Los últimos desarrollos teóricos de la física (tales como la mecánica cuántica y la teoría de las supercuerdas o superarcos) vendrían a confirmar la "epistemología posmoderna" sobre todo en lo que se refiere al estatuto puramente discursivo de la realidad. La ciencia, según ese artículo de Sokal, tiene mucho que aprender de la teoría social, precisamente en lo que se refiere al estatuto ficcional de la verdad: la realidad física, al igual que la realidad social, no serían más que 'una construcción lingüística y social') (tanto el π de Euclides como la constante G de Newton habrían sucumbido a la relatividad histórica). Todo muy erudito y muy sólido, aun para cualquier lego en ciencias (el caso de quienes escriben y de quienes leen *Social Text*). Todo también bastante aburrido: el texto parece una presentación de lugares comunes del relativismo epistemológico.

Al mismo tiempo, Sokal publicó otro artículo en *Lingua Franca*, cuyo título es todavía más aterrador que el anterior: "Un físico experimenta con los estudios culturales", en el cual denuncia que *Social Text* no pudo leer que su contribución era una parodia, una presentación de lugares comunes y de errores. "La aceptación de mi artículo por parte de *Social Text* ejemplifica la arrogancia intelectual de la Teoría –es decir, la teoría literaria posmoderna– llevada a su lógico extremo. Si todo es discurso y 'texto', entonces el conocimiento del mundo real es superfluo; incluso la física se convierte tan sólo en otra rama de las Ciencias Culturales. Los resultados de mi pequeño experimento demuestran al menos que algunos de los sectores de la izquierda académica estadounidense en boga se han vuelto intelectualmente perezosos".

Lo que Sokal pretendía era demostrar (poniendo en ridículo a los editores de *Social Text*) la endeblez teórica, la fragilidad argumental y la banalidad constitutiva de los estudios culturales, particularmente aquellos que encuentran su fundamento en el posestructuralismo francés. "¿Por qué lo hice? Aunque mi método sea satírico, mi motivación es absolutamente seria. Lo que realmente me interesa es la proliferación, no sólo de tonterías o pensamientos descuidados per se, sino de una clase de tontería o pensamiento particularmente descuidado: uno que niegue las realidades objetivas, o que (cuando se lo desafía) admita su existencia aunque menospreciando su importancia práctica. Una publicación como *Social Text*, en el mejor de los casos, plantea ciertas preguntas que ningún científico debería ignorar –preguntas tales como de qué manera la financiación corporativa y gubernamental influye sobre el trabajo científico. Lamentablemente, el relativismo epistémico hace poco y nada para desarrollar esos temas. Teorizar acerca de 'la construcción social de la realidad' no nos ayudará a encontrar un tratamiento efectivo para el sida o a crear estrategias para prevenir el recalentamiento de la Tierra". Por la dinámica misma del "mercado de las ideas" (que en Estados Unidos es bastante poderoso, porque poderosas son sus universidades y cuantiosos son los presupuestos que los investigadores se disputan), la polémica entre Sokal y *Social Text* llegó a la opinión pública: los periódicos de Estados Unidos (también los de Italia, Inglaterra, Argentina y Francia) recogieron los argumentos de Sokal y de aquellos a quienes principalmente atacaba: Lacan, Kristeva, Baudrillard, Bruno Latour, lo más granado del pensamiento posestructuralista francés, cuyos desvaríos conceptuales (y, sobre todo, cuyos malos usos de categorías de la física) serían, en la perspectiva de Sokal, los responsables de la decadencia intelectual americana.

Kristeva (francesa por adopción) levantó las banderas de la *francofobia*, cosa que a los franceses les encantó (*Le Monde*). Latour acusó a Sokal de pretender continuar la guerra fría, ahora que el comunismo es historia, en otro campo, etc.

El segundo round tiene forma de libro. Alan Sokal, junto con Jean Bricmont, profesor de física teórica en la Universidad de Lovaina, publicó *Imposturas intelectuales*, libro en el que, capítulo por capítulo, analizan los errores y abusos en el uso de categorías científicas por parte de Jacques Lacan, Julia Kristeva, Luce Irigaray, Bruno Latour, Jean Baudrillard, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Paul Virilio.

Lo que se discute (hoy como ayer) es la relación entre teoría y praxis, entre conocimiento e interés, entre imaginación y experiencia, que es lo que importa (hoy como ayer) en relación con el futuro de la política de izquierda.♣



LAS BUENAS INTENCIONES

por Daniel Link

El libro de Sokal y Bricmont es siniestro por varias razones. En primer término porque exige (y sorprende, tratándose de "científicos", una actitud semejante) una confianza ciega en las *buenas intenciones* de los autores. Sokal y Bricmont han insistido en el carácter "higiénico" de la operación emprendida. Pero ya sabemos que el camino del infierno está empedrado de "buenas intenciones". Atendamos mejor a los efectos de *Imposturas intelectuales* y al contexto en el cual exige ser leído.

En segundo lugar, *Imposturas intelectuales* es el último coletazo del debate modernidad-posmodernidad que ocupó el centro de la década del ochenta y que creíamos ya agotado. Es saludable que cualquier debate resucite, pero esta intervención no representa más que una tormenta en un vaso de agua. En 1979, Lyotard (indiscutido exponente del pensamiento posestructuralista) publicó un informe realizado por encargo del gobierno de Canadá. El citado informe vio la luz pública bajo el título *La condición postmoderna* y básicamente diagnosticaba el presente como un vacío de todo "relato de legitimación". La existencia, según Lyotard, se ha vuelto una marea imposible de ser explicada según los grandes "relatos de legitimación" que habían funcionado en tiempos premodernos (la religión) o modernos (la Nación, la ciencia –el marxismo y el psicoanálisis incluidos–).

Contemporáneamente, Michel Foucault (ver la edición Nº 79 de **Radarlibros**) proclamaba la "muerte del hombre" y repetía, por si acaso, la "muerte de Dios" que había gritado Nietzsche a los cuatro vientos). La posmodernidad, en todo caso, designa un período en el cual los grandes ideales de la Modernidad ya no encuentran forma de coagular socialmente. En 1980 Jürgen Habermas respondió el informe-panfleto de Lyotard (ciertamente una bomba de tiempo en el universo de la teoría y la práctica política) con el texto "La modernidad: un proyecto incompleto". Allí Habermas argumentaba que mal podía ser la modernidad una "época" ya superada cuando sus proyectos no habían sido realizados. Por ejemplo, la revolución (de la cual los entonces agonizantes socialismos reales no eran sino una parodia). Y fijaba los lugares a partir de los cuales el debate se estructuraba: una tradición norteamericana (representada por el neoconservadurismo de Daniel Bell, por ejemplo), una tradición francesa (el pensamiento posestructuralista: Foucault, Derrida, el propio Lyotard, que Habermas acercaba peligrosamente –luego corrigió esta percepción equivocada– a los neoconservadores americanos) y una tradición alemana (la escuela de Frankfurt, el mismo Habermas).

¿En qué lugar hay que poner hoy a Sokal y Bricmont: cerca de la solución socialdemócrata de Habermas o de la respuesta ultraderechista de Bell (Biblia de los estudiantes de Derecho y de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires)? Es difícil decirlo, y he ahí la ruina intelectual de su posición, porque si hay que decidir si la posición de los autores es de centro o de derecha, lo que queda claro es que no es una posición progresista, independientemente de las invocaciones al izquierdismo, independientemente de su contenido. Las acusaciones irresponsables de Daniel Bell contra todo vanguardismo (estético o teórico), causante, en su perspectiva, de la crisis del capitalismo (!), resultan el eco anticipado de las quejas (teñidas de racionalidad científica) de Sokal y Bricmont.

Pero incluso examinando el contenido del libro lo que queda claro es que Alan Sokal y Jean Bricmont son tan poco sutiles y tan arbitrarios en el uso de categorías como aquellos a los cuales critican y acusan de "impostores" (ni Foucault ni Derrida –a quien incluso defienden y dejan libre de toda sospecha en la página 242 del libro–, por supuesto, porque eso ya hubiera sido demasiado, sino Lacan, Deleuze y otras celebridades de segundo orden en la academia francesa). Ciertamente la tan cacareada "teoría posmoderna" que Sokal pretende describir (superpuesta con ingenuidad, torpeza o mala fe al "pensamiento posestructuralista") es una invención grosera y tan incomprensible como el uso de las matemáticas en Lacan. Los usos (metafóricos) de la ciencia en Deleuze, por ejemplo, son menos graves que los usos (metafóricos) de categorías de los estudios culturales en su propio libro: "Vamos a usar el término *posmodernismo*, pero insistiendo en que nos concentraremos en los aspectos intelectuales y filosóficos y en que la validez o invalidez de nuestros argumentos no podrá depender en ningún caso del uso de una determinada palabra". ¿Hace falta continuar?

Es precisamente por esa arrogancia (de quien pretende que nadie notará que está cometiendo el mismo vicio que censura) que el libro es ruin: su estructura básica es citar un párrafo (incomprensible) de algún teórico francés (y por qué, por qué citan solamente a teóricos franceses y nunca a algún norteamericano, que son los responsables de la banalización y la tergiversación del posestructuralismo?) para decir inmediatamente: eso no tiene sentido y/o es un disparate científico, sin mayor explicación.

De acuerdo: Lacan (lo supimos *desde siempre*) hace un uso completamente *personal* de las matemáticas. No es eso lo más grave de su teoría, sino el modelo de subjetividad que construye. De acuerdo, *Lógica del sentido* de Gilles Deleuze puede contener páginas oscuras, inclusive páginas de *nonsense*. Pero sus lecturas (de Kafka, de Fitzgerald, de Lowry) son tan luminosas como una bengala en la noche.

¿Qué lección podemos extraer de esta polémica mínima? Que se trate de Karl Marx, Theodor Adorno, Walter Benjamin, Michel Foucault, Gilles Deleuze, Cornelius Castoriadis o Alain Badiou, lo que en sus páginas brilla, brilla con luz propia y definitiva. La camisa de fuerza del cientificismo –en cuyo nombre, por otra parte, muchas vidas fueron inmoladas– es sólo una pantalla de oscurecimiento, un rencor ciego, la renuncia a la felicidad. ♣

EN NOMBRE DE LA RISA

por Leonardo Moledo

Siendo éste, como es, el enésimo artículo que escribo sobre Sokal puedo tomarme ciertas libertades, resignarme al incierto destino de la repetición. Me piden que diga por qué me parece valioso el libro *Imposturas intelectuales* que acaba de publicarse en castellano, y que irritó e irrita a los científicos sociales –o mejor, a muchos de ellos– y a los psicoanalistas de las corrientes lacanianas que, y lo digo a través de la experiencia directa, lo aborrecen. Lo aborrecen de manera visceral, total, profunda, absoluta. Tengo la incómoda sensación de que lo aborrecen por sus virtudes y no por sus defectos, no por lo que tiene de malo, sino, precisamente, por lo que tiene de bueno.

La burla a los intelectuales franceses y su supuesto o real "desenmascaramiento". Yo creo que darse cuenta de que los grandes popes –sean quienes fueran– han dicho ridiculeces siempre es divertido y cumple una función desacralizadora. Entiendo perfectamente que quien ha pasado largas jornadas descifrando o creyendo descifrar esos párrafos abstrusos se moleste cuando viene un físico de partículas y le demuestra con ejemplos contundentes que sólo se trata de elementales errores, que simplemente –y en el mejor de los casos– ha perdido el tiempo. Aunque se me ocurre que al primer momento de fastidio debería seguir un momento de reflexión y hasta de alivio. Sospecho que cualquier libro, cualquier teoría, cualquier autor (sea éste Mahoma, Marx, Einstein o Freud) leído al pie de la letra lleva a los peores excesos. Quisiera compartir un párrafo del historiador Ian Miller: "Algo que caracteriza a las grandes obras es que, aunque se prueba que contienen errores en cuestiones concretas, son capaces de seguir ofreciendo veracidad en líneas generales, lo cual no hubiese sido posible si todas esas cuestiones concretas hubiesen sido correctas. Muchos piensan que esto es lo que sucede con Freud y Foucault". Estoy seguro de que la mayoría de los feroces críticos de *Imposturas intelectuales* acordarían. Que yo sepa, ninguno admitió explícitamente (salvo, curiosamente, Kristeva) que los disparates señalados por Sokal y Bricmont son, efectivamente, disparates. Al fin y al cabo Sokal y Bricmont son como protestantes que reclaman la libre lectura de la Biblia –sin la intermediación de toda la estructura de poder académico que implica la transmisión de los textos sagrados– y el derecho a observar que cuando el texto establece taxativamente que el Sol se detuvo contradice a las leyes astronómicas más elementales, sin que eso implique meterse con la teología ni predicar contra la religión. No comprendo muy bien, confieso, esa adhesión masiva y al pie de la letra a los textos, por parte de gente grande, intelectuales muchos de ellos, que se dicen críticos y defensores del pensamiento libre.

En suma, y aunque los autores cometen faltas e incluso algún lapsus foucaultiano –que no revelaré, dejando a los eventuales lectores el placer de encontrarlo y de creer que refuta el libro–, *Imposturas intelectuales* me parece sanamente irrespetuoso, entretenido, desacralizador (y por lo tanto liberador), aunque un poco soberbio por momentos, especialmente cuando el efecto paródico, por el paso del tiempo o por lo que sea, pierde la natural eficacia de la sorpresa y los autores se colocan en el lugar de maestros gruñones al acecho de un error cualquiera en la mención de la Teoría de la Relatividad. No me parece que nadie deba enojarse por eso, a menos que tenga un pensamiento autoritario o corporativo. Si es así, la lectura puede ayudar a fisurarlo, cosa que, según creo yo, es una buena cosa.

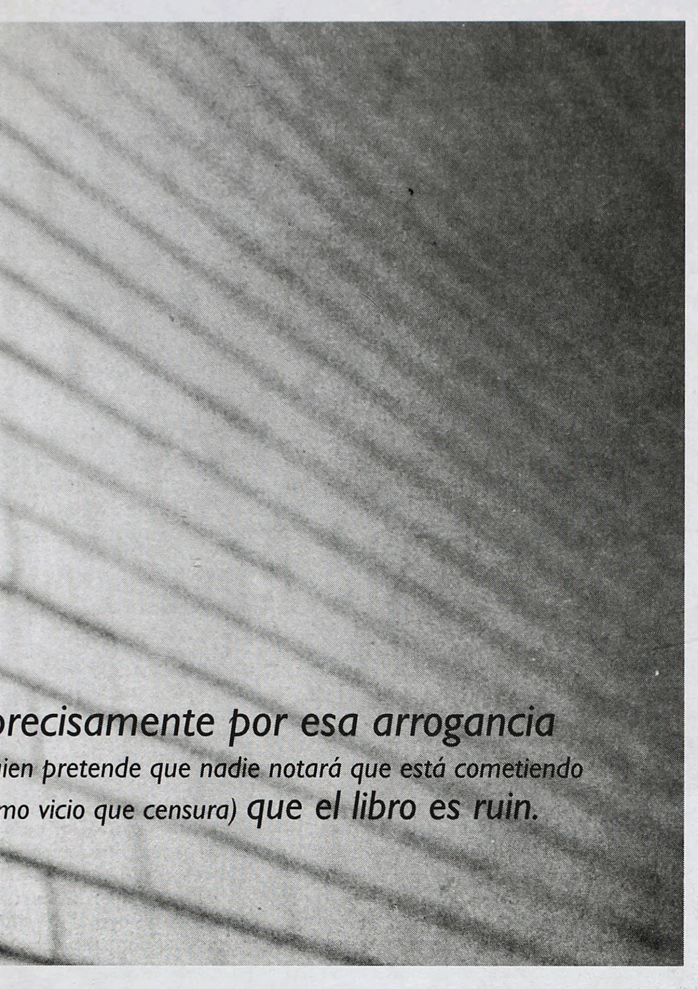
El otro punto es el relativismo cultural y cognitivo, el segundo ángulo de ataque de Sokal y Bricmont, y sus consecuencias filosóficas y políticas, que también produce una irritación fuera de medida y que, como es el punto más débil, o por lo menos más problemático (los autores, al fin y al cabo aclaran que no es necesario compartir sus posiciones en este terreno para apreciar el resto) se utiliza, un tanto inapropiadamente, pienso, para criticar todo lo demás.

En realidad no entiendo muy bien, lo confieso, el apego desmedido de tantos científicos sociales, psicólogos, psicoanalistas y sociólogos al relativismo como si en ello les fuera la vida, ya sea en la versión tibia de Thomas Kuhn, que los despreciaba y los consideraba poco serios (por lo menos en su versión paradigmática de *La estructura de las revoluciones científicas*), ya sea en la versión extrema de Feyerabend, que en cierta medida los deslegitima del todo. Porque, no nos engañemos: si Feyerabend, a quien realmente es muy agradable leer –recomiendo especialmente *Ambigüedad y armonía*, libro que acaba de publicarse en castellano– tiene razón, se terminaron la prepotencia de la física y la soberbia de la astronomía, pero también las (yo creo que legítimas) pretensiones científicas del psicoanálisis frente a la gimnasia jazz o el electroshock. Por ejemplo: el anarquismo cognitivo echa agua al molino de los creacionistas norteamericanos que piden que la versión bíblica se enseñe en las escuelas en pie de igualdad con la Teoría de la Evolución: ¿aceptarían nuestros científicos sociales progresistas y relativistas, en pro de la coherencia, semejante propuesta para la educación argentina?

Creo que nadie puede negar la importancia política que el relativismo cultural tuvo en la autoafirmación de minorías y culturas relegadas y avasalladas, aunque, no lo olvidemos, también hay una versión de la derecha radical: al fin de cuentas el *apartheid* sudafricano, el "desarrollo separado", siempre se presentó bajo la máscara del relativismo y el "respeto" a la diferencia cultural.

En su versión progresista, el relativismo cultural conlleva la innegable virtud de la tolerancia. Pero aun en su versión progresista conlleva también un énfasis en la diferencia que a veces llega al endiosamiento y que siempre, creo, termina favoreciendo a los grupos culturales mejor posicionados de entrada. En última instancia, para un modelo de dominación y exclusión, el relativismo cultural es una ideología tan buena como cualquier otra.♣

Imposturas intelectuales me parece sanamente irrespetuoso, **entretenido**, desacralizador (y por lo tanto liberador).



de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires)? Es difícil decirlo, y he ahí la ruina intelectual de su posición, porque si hay que decidir si la posición de los autores es de centro o de derecha, lo que queda claro es que no es una posición progresista, independientemente de las invocaciones al izquierdismo, independientemente de su contenido. Las acusaciones irresponsables de Daniel Bell contra todo vanguardismo (estético o teórico), causante, en su perspectiva, de la crisis del capitalismo (!), resultan el eco anticipado de las quejas (teñidas de racionalidad científica) de Sokal y Bricmont.

Pero incluso examinando el contenido del libro lo que queda claro es que Alan Sokal y Jean Bricmont son tan poco sutiles y tan arbitrarios en el uso de categorías como aquellos a los cuales critican y acusan de "impostores" (ni Foucault ni Derrida –a quien incluso defienden y dejan libre de toda sospecha en la página 242 del libro–, por supuesto, porque eso ya hubiera sido demasiado, sino Lacan, Deleuze y otras celebridades de segundo orden en la academia francesa). Ciertamente la tan cacareada "teoría posmoderna" que Sokal pretende describir (superpuesta con ingenuidad, torpeza o mala fe al "pensamiento posestructuralista") es una invención grosera y tan incomprensible como el uso de las matemáticas en Lacan. Los usos (metafóricos) de la ciencia en Deleuze, por ejemplo, son menos graves que los usos (metafóricos) de categorías de los estudios culturales en su propio libro: "Vamos a usar el término *posmodernismo*, pero insistiendo en que nos concentraremos en los aspectos intelectuales y filosóficos y en que la validez o invalidez de nuestros argumentos no podrá depender en ningún caso del uso de una determinada palabra". ¿Hace falta continuar?

Es precisamente por esa arrogancia (de quien pretende que nadie notará que está cometiendo el mismo vicio que censura) que el libro es ruin: su estructura básica es citar un párrafo (incomprensible) de algún teórico francés (y por qué, por qué citan solamente a teóricos franceses y nunca a algún norteamericano, que son los responsables de la banalización y la tergiversación del posestructuralismo?) para decir inmediatamente: eso no tiene sentido y/o es un disparate científico, sin mayor explicación.

De acuerdo: Lacan (lo supimos *desde siempre*) hace un uso completamente *personal* de las matemáticas. No es eso lo más grave de su teoría, sino el modelo de subjetividad que construye. De acuerdo, *Lógica del sentido* de Gilles Deleuze puede contener páginas oscuras, inclusive páginas de *nonsense*. Pero sus lecturas (de Kafka, de Fitzgerald, de Lowry) son tan luminosas como una bengala en la noche.

¿Qué lección podemos extraer de esta polémica mínima? Que se trate de Karl Marx, Theodor Adorno, Walter Benjamin, Michel Foucault, Gilles Deleuze, Cornelius Castoriadis o Alain Badiou, lo que en sus páginas brilla, brilla con luz propia y definitiva. La camisa de fuerza del cientificismo –en cuyo nombre, por otra parte, muchas vidas fueron inmoladas– es sólo una pantalla de oscurecimiento, un rencor ciego, la renuncia a la felicidad. ♣

EN NOMBRE DE LA RISA

por Leonardo Moledo

Siendo éste, como es, el enésimo artículo que escribo sobre Sokal puedo tomarme ciertas libertades, resignarme al incierto destino de la repetición. Me piden que diga por qué me parece valioso el libro *Imposturas intelectuales* que acaba de publicarse en castellano, y que irritó e irrita a los científicos sociales –o mejor, a muchos de ellos– y a los psicoanalistas de las corrientes lacanianas que, y lo digo a través de la experiencia directa, lo aborrecen. Lo aborrecen de manera visceral, total, profunda, absoluta. Tengo la incómoda sensación de que lo aborrecen por sus virtudes y no por sus defectos, no por lo que tiene de malo, sino, precisamente, por lo que tiene de bueno.

La burla a los intelectuales franceses y su supuesto o real "desenmascaramiento". Yo creo que darse cuenta de que los grandes popes –sean quienes fueran– han dicho ridiculeces siempre es divertido y cumple una función desacralizadora. Entiendo perfectamente que quien ha pasado largas jornadas descifrando o creyendo descifrar esos párrafos abstrusos se moleste cuando viene un físico de partículas y le demuestra con ejemplos contundentes que sólo se trata de elementales errores, que simplemente –y en el mejor de los casos– ha perdido el tiempo. Aunque se me ocurre que al primer momento de fastidio debería seguir un momento de reflexión y hasta de alivio. Sospecho que cualquier libro, cualquier teoría, cualquier autor (sea éste Mahoma, Marx, Einstein o Freud) leído al pie de la letra lleva a los peores excesos. Quisiera compartir un párrafo del historiador Ian Miller: "Algo que caracteriza a las grandes obras es que, aunque se prueba que contienen errores en cuestiones concretas, son capaces de seguir ofreciendo veracidad en líneas generales, lo cual no hubiese sido posible si todas esas cuestiones concretas hubiesen sido correctas. Muchos piensan que esto es lo que sucede con Freud y Foucault". Estoy seguro de que la mayoría de los feroces críticos de *Imposturas intelectuales* acordarían. Que yo sepa, ninguno admitió explícitamente (salvo, curiosamente, Kristeva) que los disparates señalados por Sokal y Bricmont son, efectivamente, disparates. Al fin y al cabo Sokal y Bricmont son como protestantes que reclaman la libre lectura de la Biblia –sin la intermediación de toda la estructura de poder académico que implica la transmisión de los textos sagrados– y el derecho a observar que cuando el texto establece taxativamente que el Sol se detuvo contradice a las leyes astronómicas más elementales, sin que eso implique meterse con la teología ni predicar contra la religión. No comprendo muy bien, confieso, esa adhesión masiva y al pie de la letra a los textos, por parte de gente grande, intelectuales muchos de ellos, que se dicen críticos y defensores del pensamiento libre.

> *Imposturas intelectuales* me parece sanamente irrespetuoso, **entretenido**, desacralizador (y por lo tanto liberador).

En suma, y aunque los autores cometen faltas e incluso algún lapsus foucaultiano –que no revelaré, dejando a los eventuales lectores el placer de encontrarlo y de creer que refuta el libro–, *Imposturas intelectuales* me parece sanamente irrespetuoso, entretenido, desacralizador (y por lo tanto liberador), aunque un poco soberbio por momentos, especialmente cuando el efecto paródico, por el paso del tiempo o por lo que sea, pierde la natural eficacia de la sorpresa y los autores se colocan en el lugar de maestros gruñones al acecho de un error cualquiera en la mención de la Teoría de la Relatividad. No me parece que nadie deba enojarse por eso, a menos que tenga un pensamiento autoritario o corporativo. Si es así, la lectura puede ayudar a fisurarlo, cosa que, según creo yo, es una buena cosa.

El otro punto es el relativismo cultural y cognitivo, el segundo ángulo de ataque de Sokal y Bricmont, y sus consecuencias filosóficas y políticas, que también produce una irritación fuera de medida y que, como es el punto más débil, o por lo menos más problemático (los autores, al fin y al cabo aclaran que no es necesario compartir sus posiciones en este terreno para apreciar el resto) se utiliza, un tanto inapropiadamente, pienso, para criticar todo lo demás.

En realidad no entiendo muy bien, lo confieso, el apego desmedido de tantos científicos sociales, psicólogos, psicoanalistas y sociólogos al relativismo como si en ello les fuera la vida, ya sea en la versión tibia de Thomas Kuhn, que los despreciaba y los consideraba poco serios (por lo menos en su versión paradigmática de *La estructura de las revoluciones científicas*), ya sea en la versión extrema de Feyerabend, que en cierta medida los deslegitima del todo. Porque, no nos engañemos: si Feyerabend, a quien realmente es muy agradable leer –recomiendo especialmente *Ambigüedad y armonía*, libro que acaba de publicarse en castellano– tiene razón, se terminaron la prepotencia de la física y la soberbia de la astronomía, pero también las (yo creo que legítimas) pretensiones científicas del psicoanálisis frente a la gimnasia jazz o el electroshock. Por ejemplo: el anarquismo cognitivo echa agua al molino de los creacionistas norteamericanos que piden que la versión bíblica se enseñe en las escuelas en pie de igualdad con la Teoría de la Evolución: ¿aceptarían nuestros científicos sociales progresistas y relativistas, en pro de la coherencia, semejante propuesta para la educación argentina?

Creo que nadie puede negar la importancia política que el relativismo cultural tuvo en la autoafirmación de minorías y culturas relegadas y avasalladas, aunque, no lo olvidemos, también hay una versión de la derecha radical: al fin de cuentas el *apartheid* sudafricano, el "desarrollo separado", siempre se presentó bajo la máscara del relativismo y el "respeto" a la diferencia cultural.

En su versión progresista, el relativismo conlleva la innegable virtud de la tolerancia. Pero aun en su versión progresista conlleva también un énfasis en la diferencia que a veces llega al endiosamiento y que siempre, creo, termina favoreciendo a los grupos culturales mejor posicionados de entrada. En última instancia, para un modelo de dominación y exclusión, el relativismo cultural es una ideología tan buena como cualquier otra. ♣



BOCA DE URNA

Los libros más vendidos esta semana en las librerías Fausto.

Ficción

1. El alquimista
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

2. Veronika decide morir
Paulo Coelho
(Planeta, $ 16)

3. El testamento
John Grisham
(Ediciones B, $ 22)

4. El caballero de la armadura oxidada
Robert Fischer
(Obelisco, $ 9,50)

5. El Evangelio según Van Hutten
Abelardo Castillo
(Seix Barral, $ 16)

6. Libro del fantasma
Alejandro Dolina
(Colihue, $ 19)

7. El profundo sur
Andrés Rivera
(Aguilar, $ 13)

No ficción

1. Antes del fin
Ernesto Sabato
(Seix Barral, $ 15)

2. El libro negro de la justicia chilena
Alejandra Matus
(Planeta, $ 16)

4. Gran poder de las pequeñas ideas
Peter Drucker
(Sudamericana, $ 15)

4. El sueño argentino
Tomás Eloy Martínez
(Planeta, $ 20)

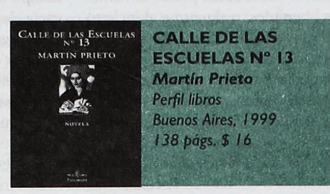
5. Los negocios en la era digital
Bill Gates
(P&J, $ 22)

6. La inteligencia emocional en la empresa
Daniel Goleman
(Vergara, $ 22)

7. Periodistas
Luis Majul
(Sudamericana, $ 15)

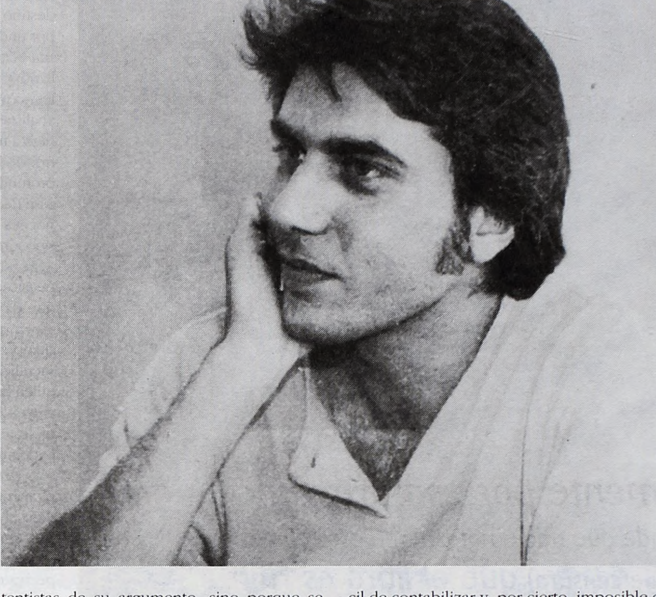
¿Por qué se venden estos libros?
"Hay que señalar que un nuevo libro de un escritor de suspenso como el norteamericano Grisham siempre genera interés", opina Carlos Rosas, gerente de la sucursal de Fausto ubicada en Santa Fe 1710. "Sus libros generalmente ocupan puestos importantes de venta en las primeras semanas de su publicación. El caso de Paulo Coelho es interesante, porque sus libros convocan gente que normalmente no suele frecuentar librerías. Cabe destacar además el gran interés por escritoras latinoamericanas como Isabel Allende y Sandra Benítez, y la demanda por parte de los jóvenes de los libros de Galeano y Dolina", concluye Rosas.

El odio civilizador



CALLE DE LAS ESCUELAS Nº 13
Martín Prieto
Perfil libros
Buenos Aires, 1999
138 págs. $ 16

por Ariel Dilón



Hay, en algunos escritores, un sentido de la contestación que hace de su literatura misma un instrumento de venganza: Céline sin lugar a dudas, Dostoievski, Gadda, tal vez Roberto Arlt. ¿Venganza contra qué?: contra el destino, contra la mera humanidad. Venganza que se articula de los más diversos modos, a menudo por el simple expediente de reservarse la última palabra. Un cuento, una novela, siempre tienen la última palabra; siempre, toda vez que un texto es la expresión triunfante de una cierta visión, de una cierta medida de las cosas. Tal vez no sea una exageración afirmar que toda literatura se articula como una forma –la más civil– de la venganza.

La novela de Martín Prieto, *Calle de las escuelas Nº 13,* se da a sí misma la oportunidad que el pacto social suele escamotear incluso en los discursos de las víctimas directas: un puñado de "sobrevivientes" de la dictadura traza un sofisticado plan para asesinar a un ex torturador. Lo que los justos no pueden hacer, la literatura tiene el derecho y el privilegio de llevarlo a cabo. Incluso si el acto vengativo de los protagonistas no llega a consumarse (el lector lo sabe desde la primera línea: "De haberlo matado, a mí me hubiera gustado que lo matáramos en París"), la palabra cumple con plenitud la ley del Talión que evoca.

Por el camino, Martín Prieto pasa revista a una época y al breve catálogo de sus criaturas, las revisita entre indulgente e irónico, comprendiendo a la vez su candor y su complejidad, plantándolas cartesianamente en la página pero adivinando los puntos de fuga de su imprevisibilidad, de su "opacidad".

Si la de Prieto es una novela política, no lo es por las reminiscencias sesentistas y setentistas de su argumento, sino porque se atreve a convertir en mero tema literario un asunto aparentemente reservado, en las últimas dos décadas, a la elegía, al panegírico o al disimulo. Procede, así, a la manera de un momento de la literatura argentina con el que Prieto, a su tiempo como poeta, se había identificado: el objetivismo (con su rechazo a todo prestigio, negativo o positivo, atribuido de antemano a un asunto literario). Los guiños al objetivismo son internos –Violeta, a la vez musa y carnada de la "operación", es una poeta objetivista que simplemente advirtió a tiempo que era una mala poeta– y externos –el fraseo y la estrategia descriptiva de la novela evocan deliberadamente las de un alto referente narrativo del objetivismo: Juan José Saer.

Los "sobrevivientes" de esta novela no son las víctimas físicas de la dictadura: las marcas no están en su carne ni en su piel, sino en su memoria del miedo, de la autocensura, de la inhibición y el empobrecimiento existencial. Se trata de una deuda muy difícil de contabilizar y, por cierto, imposible de cobrar. La tardía venganza de la "organización" reproduce, en pequeña escala, un deseo magnicida que puede haber cruzado, en los días de la oscuridad, hasta las mentes de las personas más pacíficas. Había un bien y un mal concretos, encarnados –o, lo que es más seguro: había un mal. *Calle de las escuelas Nº 13* se hace cargo de ese deseo no realizado. Y en este sentido es un libro confesadamente nostálgico, de atenerse a la definición que una pensadora montevideana casi secreta –Frida Gil– da de la nostalgia: "La nostalgia no existe como mirada hacia atrás. Si alguna nostalgia existe, ella es sólo pervivencia inconducente de los deseos de un futuro imaginado alguna vez."

Quizás a esta conciencia del futuro perdido responde el melancólico, diluido final de esta primera novela de un escritor "comprometido" –en un sentido inesperado, e inconvencional, de la palabra– que se adelanta para refinar el odio y extraer de él un principio civilizador.♣

Infancia italiana

GIOIOSA MARINA
Elio Gallipoli
Narvaja Editor
Córdoba, 1998
160 págs. $10

por Jorge Barón Biza

En esta novela sobre la infancia, el narrador asume a su personaje en todo lo que se refiere a los ojos y valores con que capta la realidad, pero reserva para la actitud lírica una mirada de adulto. Esta superposición, la calidad literaria del material, la prosa que se atreve a la poesía sin desbordarse, son las más altas cualidades de la primera novela, muy lograda, del autor. Elio Gallipoli nació en Italia y vive en Temperley, Buenos Aires. Se formó en el teatro y presentó *Botánico* en el Cervantes, en 1997, bajo la dirección de Roberto Villanueva.

Las páginas de la novela evocan los primeros años del protagonista, transcurridos en el sur profundo italiano, en Gioioiosa Marina. La narración está armada con episodios en los que la dispersión propia del niño se nuclea de pronto en imágenes impresionantes y duras –el caballo golpeado calmando su dolor en el mar–, que no funcionan como episodios lineales sino como adensamientos de una realidad horadada por las dudas y la ignorancia pueril. El narrador avanza sobre esas vacilaciones por medio de pruebas a sí mismo, por enfrentamientos con sus compañeros o los adultos: el premio es la conciencia.

La historia de Italia, esa historia tan a la mano, tan extensa, tan misteriosa, que actúa siempre como una "mitología que se ve", y que el autor integra a su texto conservándole el aire fabuloso y fragmentario, refuerza el ámbito de enigmas que rodea al niño.

Sobre esta base, la infancia se constituirá en ese peculiar territorio, muy propio de los emigrantes jóvenes (el narrador viaja a la Argentina a los ocho años): el espacio de los orígenes se convierte en una caldera en la que la formación del yo ocurre en un paraíso cruel, remoto y fundante; y el viaje de emigración en una ruptura que gravitará toda la vida, a pesar de los regresos a un mundo ya incomprensible y banalizado. Regresos de los que se ocupa el turismo y, excepcionalmente, la buena literatura, como ocurre con *Gioioiosa Marina.*

La vida pueblerina, contada con riqueza narrativa, se cristaliza en un foco al cual no se le niega el dolor, pero que actúa con una luminosidad poética que permite narrar la crueldad sin ser cruel.

Esos sufrimientos cristalizados dotan de un signo fatal al texto. La muerte o el viaje a nose-sabe-dónde, a esa América que no es la América de las películas, están constantemente presentes en las palabras que se respiran. Los ciclos naturales o la muerte de personajes van encerrando el ámbito de "allá" en una trama que convierte el viaje en un sin retorno ineluctable. Gallipoli ahonda en una de las claves de la poética argentina.♣

La barbarie que vino de adentro



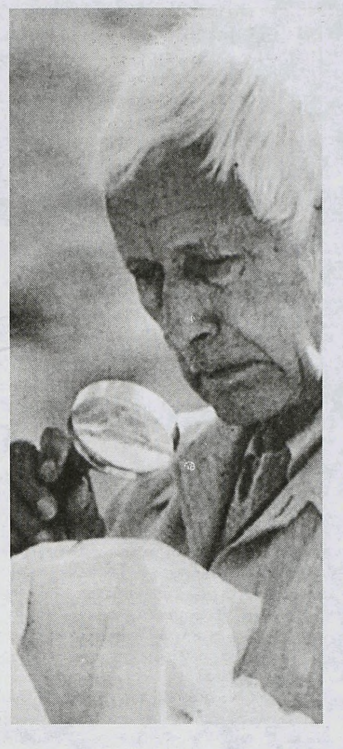
LOS TITANES VENIDEROS
Ernst Jünger
trad. Atilio Pentimalli
Península, 1998
140 págs. $ 19,30

por Claudio Uriarte

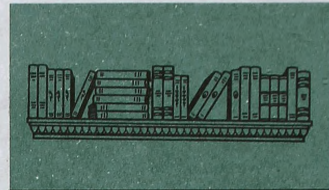
Este es un libro tan rico como inquietante, tanto por lo que dice como por lo que no dice y por lo que permite inferir. Precisamente, el momento clave de estas conversaciones últimas de Jünger con dos de sus discípulos y seguidores viene a raíz de una pregunta que el interrogado elige no contestar. Después de una serie de diálogos en que Jünger ha señalado al filósofo protonazi Oswald Spengler y al constitucionalista nazi Carl Schmitt como dos de sus más grandes referentes intelectuales, uno de sus entrevistadores sale con la pregunta: "¿Es acaso América el sitio adonde las culturas se dirigen para morir?". A lo que el viejo y sabio zorro elige contestar astutamente: "Tal afirmación habría sido suscrita por Spengler".

De eso trata el sustrato más perturbador y revelatorio de este libro: de las últimas visiones de un visionario. Porque Jünger, un temprano militante político e intelectual del nacionalismo alemán de derecha, corporiza la paradoja –quizás sólo aparente– de un nazi que encarna al mismo tiempo el fin de una civilización: la de Occidente, cuya declinación previó junto a Spengler, y que ahora ve enderezada hacia su dominio por parte de unos nuevos titanes, los de la técnica, que dejarán de lado a los practicantes de la poesía, del pensamiento y de la filosofía. Cuando habla de Ariosto y de su *Orlando Furioso* –al que llevaba en su mochila de guerra y de quien dice que le dio experiencias mucho más intensas que las de la misma guerra–, Jünger dice que "arrebata al lector y lo transporta en una visión espiritualizada que transfigura la realidad, en la que nos encontramos con demonios, con héroes y con heroínas... y el alma se llena de una riqueza infinita". A lo que agrega, decisivamente: "El problema es que la transfiguración y la espiritualización del arte están amenazadas por la técnica".

Esa "técnica" metaforiza y a la vez localiza un tipo de formación cultural cuya identidad no es difícil de localizar. La paradoja más provocativa e inquietante que no sólo este libro sino todo Jünger invitan fuertemente a considerar es la idea de que el triunfo de los aliados en la Segunda Guerra Mundial –y la correlativa derrota de la barbarie nazi– trágicamente encriptaron al mismo tiempo el hundimiento de la civilización occidental europea, para ser reemplazada por un planeta que se autodenomina a sí mismo "occidental", pero sólo en el sentido de que su centro de gravedad espiritual es el Lejano Oeste. Estados Unidos, en este sentido, no es Occidente, no es la civilización occidental, sino una utopía extraña, tan lejana de esa civilización que ni siquiera puede considerarse su antítesis exacta. Las palabras y las páginas de Jünger son como exhalaciones de un mundo de una profundidad, poesía y espiritualidad quizás irremisiblemente perdidas. Un mundo que se remonta a la lírica de Hölderlin y que, en el siglo que ha pasado –el XX, que aún es el nuestro–, encuentra ejemplos literarios tan altos como Rainer María Rilke, Joseph Roth, Heimito von Doderer y Robert Musil, y encarnaciones musicales como Gustav Mahler, Anton Webern y el arte interpretativo de Herbert von Karajan. Ese mundo perdido en que ángeles y demonios, pasado y futuro, generaciones muertas y generaciones venideras vivían entre nosotros. Ese mundo en que los objetos, las palabras, los silencios y los paisajes aparecían como impregnados de trascendencia y de destino, y en que la vida humana estaba lejos de definirse por el marxismo de derecha que presupone que cada cual se define según su valor de cambio. Pero entonces, ¿cómo conciliar ese maravilloso mundo perdido con las cámaras de gas? ¿De qué manera Hölderlin, Brahms y Rilke pasaron a ser definidos por una última *ratio* político-militar cuyos exponentes más altos eran aventureros y lúmpenes de la calaña de Adolf Hitler y Reinhard Heydrich? No tengo la respuesta a esa pregunta. Jünger –y esta ambigüedad es el mérito más inquietante de su obra– tampoco la tiene. Pero quizás una pista hacia la develación del acertijo venga de una fuente tan inesperada como el filósofo marxista heterodoxo Theodor Adorno, quien en su *Dialéctica del Iluminismo* postuló la contradicción dialéctico-hegeliana de que la barbarie no había venido desde afuera, sino que era precisamente el resultado de la explosión de las contradicciones que el triunfo del iluminismo había puesto en escena.



Esta teoría tiene dos serios agujeros simétricos: la sociedad alemana, aunque era la más culta del mundo, distaba de ser a principios de siglo la más liberal e iluminista, en tanto que en las que sí lo eran –como Gran Bretaña y Estados Unidos– el fascismo y el nazismo nunca fueron más que minorías excéntricas. Sin embargo, no deja de tener cierta justificación poética que esta explicación tan trágica como fallida de la recaída en la barbarie provenga de alguien como Adorno, el último continuador en este siglo de la tradición compleja y trascendentalista de la visión que uno de sus enemigos naturales, el centenario y heideggeriano Jünger, se encargó de comunicar a dos de sus discípulos poco antes de que su polvo terrenal se disolviera en las facciones cambiantes y a la vez eternas de los ángeles de Rilke.♣



ÚLTIMO AVISO

Algunos títulos de mayo para no olvidar

El evangelio según Van Hutten, Abelardo Castillo (Seix Barral) "Mientras las novelas históricas marcan las tendencias de las ventas en librerías, Castillo emplea sus códigos y los violenta. Ensambla historia y novela para así organizar una intriga stevensoniana –y no son pocas las lecciones de Stevenson acá aplicadas–, situando la intriga en una reflexión sobre el crimen y el castigo". (Guillermo Saccomanno)

Museo negro, María Negroni (Norma) "Bien montada y mejor escrita –la prosa de María Negroni, sin ser epigonal, recuerda al Borges de la revista *El Hogar*– la colección de textos reunidos en *Museo negro* se deja recorrer con 'la efímera astucia' de lo coleccionable". (Laura Isola)

El gusano máximo de la vida misma, Alberto Laiseca (Tusquets) "Cuando otras propuestas prometen mucha más diversión de la que finalmente concretan, Laiseca cumple: es imaginativo y hace reír, sin que por eso lo suyo sea una celebración de la superficialidad o el sinsentido. Laiseca hace lo suyo en forma muy divertida, pero al mismo tiempo delira con gran seriedad, asumiendo plenamente ese destino de historiador marginal". (Claudio Zeiger)

Paul Gauguin, biografía de un salvaje, David Sweetman (Paidós) "Del buen burgués y padre de familia a bohemio con fama de sexópata, Sweetman piensa la relación de Gauguin con las mujeres, la paternidad y el dinero sin perder de vista su independencia con el medio artístico". (Claudia Schvartz)

Los años con Laura Díaz, Carlos Fuentes (Alfaguara) "Si por alguna razón esta novela es importante, es porque en ella se toman tantas decisiones con respecto a la 'nueva' y 'globalizada' ciudadanía latinoamericana que es prácticamente imposible enumerarlas sin un estudio minucioso". (Ariel Schettini)

Mudanzas, Hebe Uhart (Mondadori) "Hebe Uhart encuentra un tema ideal para su tono despojado, sarcástico pero piadoso, particularmente apto para reflejar situaciones dolorosas, siempre superadas en ese estilo estoico característico de cualquier familia de inmigrantes". (Dolores Graña)

RELECTURAS

Cómo ser zorra

Siglo y medio antes de que la novela histórica se convirtiera en un fenómeno de ventas, Guerra y paz *sentaba las reglas del género y, a su vez, excedía sus márgenes. Tolstoi supo trascender todos los límites en la literatura y en la vida. Su novela, todo un paradigma épico y realista, constituye un hito difícil de superar.* Guerra y paz *motivó al ensayista Isaiah Berlin (1909-1997) uno de sus libros más celebrados,* El erizo y la zorra.

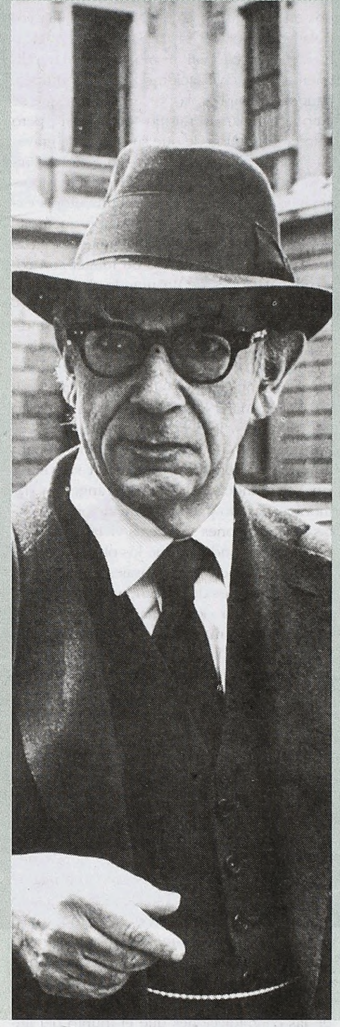
por Guillermo Saccomanno

"La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante", escribió el poeta griego Arquíloco. Tomando esta idea como premisa, Isaiah Berlin produjo uno de los ensayos más cautivantes, filosos y completos sobre León Tolstoi y su *Guerra y paz*. Berlin, nacido en Riga, Letonia, en 1909, un año antes de la muerte de Tolstoi, fue llevado por sus padres al exilio en 1915, anclando en el Reino Unido en 1920. Aquí desarrolló una importante carrera académica en Oxford y, por su actividad como filósofo e historiador del pensamiento, adquirió una notable repercusión. Berlin sostiene que "hay un abismo entre quienes lo relacionan todo con una visión única y un sistema central y quienes, por el contrario, persiguen muchos fines, a menudo inconexos y hasta contradictorios". Los primeros, sin duda, son los erizos. Los segundos, las zorras. Dentro de esta clasificación zoológica, Berlin establece quiénes corresponden a una especie y a otra. Erizos: Platón, Lucrecio, Dante, Pascal, Hegel, Dostoievski, Nietzsche, Ibsen y Proust. Zorras: Shakespeare, Herodoto, Aristóteles, Montaigne, Erasmo, Molière, Goethe, Pushkin, Balzac y Joyce. Siguiendo el planteo de Berlin, Tolstoi creía ser un erizo, pero era una zorra: no había tema que no lo sedujera provocándole un texto en el que dejar sentada su opinión al respecto. Aunque Tolstoi parecía dirigirse en línea recta hacia la conversión religiosa y el ejercicio de pastor anarquista, se detenía a menudo en cuestiones en superficie menores que, con su poder de observación, se expandían prodigiosamente en su narrativa. "Tolstoi podía cerrar los ojos –reflexiona Berlin–, pero no olvidar que los estaba cerrando."

Oponiéndose al estudio de la historia como un repertorio de datos inútiles, Tolstoi leyó a Hegel, sin fascinarse, y también conoció personalmente a Proudhon, que le resultó algo más interesante. Tolstoi estaba al tanto de todas las corrientes filosóficas de su tiempo y es extraño que, en su búsqueda, no hubiera leído a Marx. Según Berlin, la tesis central de Tolstoi es en cierto modo similar al inevitable autoengaño de la burguesía denunciado por Marx. Excepto que la salvación que Marx reserva a una clase, la proletaria, Tolstoi se la destina a la humanidad entera.

A Turgueniev y a Flaubert los horrorizó la tendencia tolstoiana a incorporar largos ensayos en *Guerra y paz*, aunque no podían negar lo monumental de su narrativa. Turguéniev, amigo y después rival de Tolstoi, calificaba sus disquisiciones como charlatanería pura, típico exhibicionismo de autodidacta que, afortunadamente, se compensaba con la descripción genial de personajes y situaciones. Cuando Turgueniev le despachó por correo *Guerra y paz* a Flaubert, éste se deslumbró y escandalizó a la vez. "Il se répete et il philosophise", escribió Flaubert a Turgueniev. Pero a Tolstoi estas reacciones, como las de muchos de sus contemporáneos, lo tenía sin cuidado. En lo ideológico, Tolstoi admitía estar en deuda con Rousseau, lo que justificaba su apreciación del mujik como "buen salvaje". Pero su deuda mayor la había contraído con Stendhal. Todo lo que sabía de la guerra, declaraba, lo había aprendido en *La Cartuja de Parma*, donde Fabrizio deambula por el campo de batalla –igual que más tarde Andrei– sin comprender lo que ocurre a su alrededor. A Stendhal, Tolstoi le debía la sobriedad del enfoque, esa austeridad y precisión que prolongaría su influencia estilística en este siglo. "Pero detrás de Stendhal hay una figura más parca aún, más demoledora, de quien Stendhal puede muy bien haber obtenido su método de la interpretación de la vida social", advierte Berlin, refiriéndose a Joseph de Maistre.

Mientras escribía *Guerra y paz*, Tolstoi anotó: "Estoy leyendo a Maistre". Y en una carta a su editor, en la misma época, le pidió que le enviara el *Archivo Maistre*. El conde Joseph de Maistre fue un saboyano monárquico que se ganó fama escribiendo panfletos contrarrevolucionarios a fines del XVIII. Católico ortodoxo, reaccionario de la restauración borbónica y fanático de la guillotina, Maistre fue apodado "el amigo del verdugo" por Stendhal. Por el contenido y tono de sus escritos, Maistre suele ubicarse junto con D'Annunzio y los heraldos del fascismo moderno. Entre 1803 y 1817 Maistre vivió en Rusia y, en este período, a modo de diálogos platónicos, escribió *Las veladas de San Petersburgo*. Tolstoi empleó sin escrúpulos el material de Maistre, reproduciendo en ocasiones literalmente las frases en francés que abundan en las reuniones sociales que, en *Guerra y paz*, ocupan capítulos y capítulos.



Tolstoi no se identificó con el Maistre defensor de las jerarquías y la aristocracia, que recomendaba a los rusos entregar la educación de los jesuitas. Pero coincidió con él en el mismo punto que, con anterioridad, lo había hecho Stendhal: la vida como una valla en todos los niveles, tanto entre plantas y animales como entre individuos y naciones. El campo de batalla es la representación de la vida en todos los aspectos. Y en medio de la locura y ferocidad del combate, nadie puede decir lo que está sucediendo. La relación entre el individuo y la totalidad únicamente puede comprenderse a partir de una visión reconciliadora con esta lucha. Por eso, para Tolstoi todo nuestro saber es empírico necesariamente y nunca nos puede conducir al entendimiento verdadero, sino sólo a acumular trozos y fragmentos diminutos de información seleccionados con arbitrariedad. Según Berlin, tanto Maistre como Tolstoi fueron zorras: "Los dos perseguían un universo armónico, pero en todas partes encontraban guerras imposibles de ocultar".

La tensión máxima entre lo que Tolstoi pensaba que creía o debía creer lo atacó en la vejez. Se impuso una forma de vida con lo que pensaba resolver sus contradicciones, pretendió escapar de todas las comodidades fijándose un ascetismo que lo excedía. No se trataba ya únicamente de emancipar a los campesinos donándoles sus tierras. También cedía a la humanidad todos sus derechos de autor confiando en los valores redentores de su obra. "Estaba rodeado por una familia que lo adoraba, por seguidores devotos, por la admiración del mundo civilizado –recuerda Berlin–, sin embargo, vivía aislado casi por completo. Es el más trágico de los grandes escritores, un hombre viejo y desesperado que, más allá de toda ayuda humana, vagabundea por Colona tras arrancarse los ojos."

EL DOBLE **por Laura Isola**



La princesa que quería bailar

La autora de* La noche de Tlatelolco *revela su identidad soñada

Conversar con Elena Poniatowska –princesa polaca por herencia, escritora mexicana por vocación– resulta revelador: su pequeña figura, casi aniñada a sus sesenta años, contrasta con la dimensión de sus palabras y sus letras. Su aspecto europeo –de familia polaca criada en París– convive con su acento mexicano y su mirada incisiva sobre la cultura y la política del país azteca.

A la hora de elegirse una nueva vida ni duda ni juguetea con los previsibles clisés del campo intelectual. Para ser otra, nada mejor que la Hayworth: "A los 17 años vi una película con Rita Hayworth. La película es *Gilda*. En una de las escenas, ella cantaba entre las mesas con un micrófono y todos la miraban y se deleitaban con su figura y su voz. Si la recuerdan, la actriz seduce y se muestra de manera muy sensual". La elección de la pelirroja más sexy resulta adecuada ya que es su otro yo por excelencia. Sobre todo si le agregamos las dificultades de origen que la autora de *Hasta no verte Jesús mío* tuvo que sortear proviniendo de una familia conservadora: "Apenas si pude ser periodista; menos hubiese podido ser cantante de cabaret. A mi familia no le gustaba para nada que fuese periodista. Una joven bien educada no podía aparecer en los diarios, salvo para algunas ocasiones sociales: nacimiento, casamiento y muerte. Si una aparece en los diarios de otra manera es porque quiere mostrar o vender algo y eso estaba muy mal visto". Sin embargo, la contradicción se acentúa cuando se le escucha decir que la verdadera prejuiciosa es ella. Aunque lejos quedaron los años del convento de monjas, aquellas enseñanzas se le hicieron carne: "Tuve que luchar mucho contra mis propios prejuicios: yo fui educada en un convento de monjas. Todavía no dejo de ser una niña del convento: sigo mucho la tradición, nunca quiero quedar mal, soy dócil y siempre digo que sí".

Cuesta convencerse de que es la misma que a fuerza de ficción y testimonio se internó en las cárceles, convivió con los paseos de los pobres los días domingos y recuperó las voces calladas por el temblor de 1985. La autora de *La noche de Tlatelolco*, un documento fotográfico y testimonial sobre la masacre de los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en diciembre de 1968, se excusa: "Es pura literatura, mis libros no tienen nada que ver con mi propio carácter. En el fondo no soy nada liberal".